

FRANCO VACCARINI

Un misterio pasajero y otros cuentos policiales



 Estrada

 Azulejos

Franco Vaccarini

Un misterio pasajero

Y OTROS CUENTOS POLICIALES

ILUSTRACIONES DE
LEO ARIAS



Azulejos



Estrada

Esta obra fue realizada por el equipo de Editorial Estrada S. A. bajo la dirección general de Carlos Silveyra.

Edición: Gabriela Comte

Corrección: Virginia Avendaño

Realización gráfica: Alberto Scotti, para +5411estudio

Diseño de tapa: Natalia Udrisard

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Franco Vaccarini

Un misterio pasajero

Y OTROS CUENTOS POLICIALES

Vaccarini, Franco

Un misterio pasajero y otros cuentos policiales . - 1a ed. 2a reimp. - Boulogne: Estrada, 2015.
64 p.: il.; 19 x 4 cm - (Azulejos; 56)

ISBN 978-950-01-1391-5

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. I. Título
CDD A863



Azulejos - Serie Roja

56

© Editorial Estrada S. A., 2011.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.grupomacmillan.com.ar

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en Argentina

Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1391-5

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Un misterio pasajero

1

Inicié el viaje al pueblo de Urdampilleta con bastante preocupación. Me esperaba un caso complicado y sin garantía de éxito.

Todo comenzó con una llamada de Bono Vivante, el dueño del único hotel del pueblo y amigo mío de la secundaria. Bono Vivante supo recorrer el planeta como ayudante de cocina de Francis Melón, el célebre cocinero del canal Banquetes, hasta que se enamoró de ese pequeño pueblo bonaerense de no más de dos mil habitantes; dejó todo para radicarse en una casona que recicló con buen gusto. En su momento, Bono me contó lo difícil que fue decirle a Francis Melón que se retiraba de la tele.

—Creo que nunca me lo perdonó, pobre Francis. Igual somos amigos.

Como las propiedades en la Capital son más caras que en Urdampilleta, a mi amigo le sobró dinero para construir un hotelito encantador al lado de su vivienda.

No era una mala idea, ya que en el pueblo no había hoteles, solo una pequeña hostería: el único lugar disponible para un forastero.

—Es mi lugar en el mundo, Emilio —me confesó por teléfono.

Y agregó:

—Lástima que desde que llegué no han dejado de pasarme cosas raras.

Ante mi pedido, enumeró las cosas malas que le habían pasado y comprobé que eran muchas, demasiadas.

Apenas inauguró el hotel, le robaron un televisor que tenía en la pequeña confitería prevista para las comidas de los pasajeros. El robo ocurrió en horas nocturnas, la puerta del hotel estaba abierta; él se encontraba en su casa. En un pueblo tan tranquilo, tener que cerrar la puerta con llave es una decisión penosa.

—Fue mi primera derrota, mi primera claudicación. Vine aquí para vivir en un mundo de puertas abiertas, de ventanas sin rejas, de jardines sin muros. Y me roban enseguida.

Hubo otros hechos extraños: una invasión de lagartijas, las cuales produjeron un escándalo mayúsculo en la habitación de una pasajera, que sufrió una crisis nerviosa. Para no decir la paliza que recibió el propio Bono mientras daba un paseo nocturno, en un camino

de tierra aldeaño al pueblo.

—A vos te parece, nada más lindo que mirar las estrellas en el campo y resulta que me golpean en medio del camino de tierra más pacífico del mundo. Dos sujetos que bajaron de un auto, no pude verles las caras.

Cuando dijo esto, su voz se aflautó y pude adivinar alguna lágrima correr por sus mejillas. Lo interrumpí:

—Hagamos una cosa, no me cuentes más nada. Me voy para allá y vemos. Eso sí, vamos a disimular un poco, ante los demás tengo que parecer un pasajero más de tu hotel.

Tenía previsto armar alguna primera hipótesis durante el viaje, pero me quedé dormido apenas el ómnibus arrancó. Dormí como un bebé hasta la localidad de Bolívar, a cincuenta kilómetros de Urdampilleta. Me despertó el grito del chofer:

—¡Bolívaaarr!

No lo escuché o, mejor dicho, lo escuché pero no lo relacionaba conmigo. Por suerte, el chofer gritó más fuerte:

—¡BOLÍVAAARRR!

Bajé.

Subí.

(Me había olvidado mi bolso).

Bajé otra vez.

Por saludar al chofer choqué a un hombre grandote,

bien vestido, calvo, con anteojos de marco cuadrado. Su rostro me resultó familiar, pero pronto lo olvidé y busqué un remis que me llevara hasta Urdampilleta. El ómnibus no paraba en los pueblos chicos.

En los treinta minutos de viaje, el remisero, un hombre magro, con una barba hecha de pelusas ralas, me hizo unas cuantas preguntas.

—¿Tiene parientes en el pueblo?

—Para nada. Soy escritor, vine a escribir —le mentí. Tenía que mantener oculta mi verdadera ocupación. El hombre quedó un poco confundido, pero luego me hizo una confesión inesperada:

—Sabe que yo soy escritor también.

—¿Y qué escribe?

—Tarjetas de salutación, de cumpleaños, poesías para el día de la primavera, colmos.

—¿Y recuerda alguna cosa que haya escrito? —pregunté por preguntar.

—Sí, sí, le digo una que aprecio mucho:

No metas la nariz

en los asuntos picantes.

Cuidado con escribir

sobre el hotel de Vivante.

—A la pucha, qué lírica —dije.

No entendí el mensaje, pero sospeché que se trataba de una amenaza encubierta. ¿Sería posible que el

remisero me estuviera amenazando?

—¿Me está amenazando? —quise corroborar.

—¿Yo? ¿Amenazar a un escritor? ¿Por qué?

—Bueno, por los versos.

—¿Por sus versos? Yo no leí nada de usted. ¿Tan poca fe se tiene?

—No, me refiero a los versos que acaba de recitarme usted. Sonaban escritos para mí. Yo voy al hotel de Vivante —le aclaré.

—¿Y meterá la nariz en algún asunto picante? —preguntó él, con sorna.

—Por supuesto que no. Solo vine a escribir —afirmé sin vacilar.

El remisero soltó una carcajada casi grosera. Me sentí molesto y no abrí más la boca en el resto del viaje. Cuando llegamos al hotel, bautizado “Hotel Vivante”, vi a mi amigo en la vereda.

Bono, alto y flaco, me abrazó, pagó mi cuenta al remisero y este se evaporó, aunque antes me hizo una nueva y poco sutil amenaza: se frotó el dedo índice en el cuello, señal de que me degollaría o alguna crueldad por el estilo.

Todavía en la vereda, informé a Bono acerca de la conducta extraña del remisero y me respondió:

—Es imposible que alguien sepa que sos un detective. No le conté a nadie. Solo hablé de vos con Francis

Melón, mi antiguo jefe en el canal Banquetes, que vive bien lejos y...

En ese momento salió una señora del hotel. Tenía lágrimas en los ojos:

—¡Señor Vivante, hay una lechuga muerta debajo de mi almohada!

Corrimos al cuarto, mientras la mujer, desesperada, comenzaba a llorar más y más fuerte. En un pasillo nos cruzamos con la empleada, que cargaba una caja de cartón y parecía estar muy sorprendida.

En el cuarto, debajo de la almohada, no había ninguna lechuga. La pasajera, nerviosa, dijo:

—O alguien me quiere volver loca o en este hotel hay fantasmas.

Bono estaba compungido. No era para menos, sobre todo porque la pasajera cargó toda su ropa en la valija y se fue del hotel dando un portazo. A la hostería.

Entonces tuve una sospecha, una corazonada.

¿Qué intereses había perjudicado el bueno de mi amigo Bono Vivante al abrir un hotel en Urdampilleta? La respuesta era clara. Clara Domingaina, como lo supe enseguida, era la dueña de la hostería "La isla".

—Sí, se llama Clara Domingaina, Emilio. Es una hermosa persona.

—Eso ya lo veremos —respondí.

—¿No me dirás que sospechás de...? —Bono se quedó



con la boca abierta, sin poder completar la frase—. ¡Es imposible! ¡Es un pan de Dios! ¡Y es hermosa! Pero yo estaba allí para resolver el misterio que aquejaba a su bendito hotel de pasajeros, y no para saber qué cosa era imposible, qué cosa era un pan de Dios o qué cosa era hermosa.

Me fui a la hostería con la excusa de ser un escritor curioso. Quedaba a tres cuadras del hotel.

—Te llevo en el auto, Clara es mi amiga —se ofreció Bono. En los pueblos chicos nadie camina, todo se hace en auto.

La hostería era un chalet muy lindo, una casa de familia.

—Ella no necesita ser malvada, tiene su clientela de años. La hostería no daba abasto, en el pueblo se necesitaba el hotel, no la perjudiqué al abrirlo. Y además es hermosa —insistió.

Pronto esa mujer, que tenía hechizado al ingenuo de Bono, confesaría todo. Como que me llamo Emilio Alterno.

2

Cuando Clara Domingaina abrió la puerta de la hostería yo estaba dispuesto a ser cordial, aunque frío. Quería hacerle pisar el palito y que confesara su

culpabilidad. Pero bastó que alzara sus ojos, ojos de un color que no existe en el arco iris, un color que existe solo en algún arco iris de sueños, y toda mi frialdad se derritió.

Era hermosa. Todo lo que se puede decir sobre Clara es que era hermosa. Con pecas marrones.

Me presenté como pude, mentí acerca de mi verdadero oficio, mientras Bono sonreía y Clara también sonreía con la sonrisa más inocente del mundo.

Esa mujer no podía ser culpable de nada. Era como un conejo blanco en medio de la pradera verde. ¿Qué mal puede hacer un conejo blanco?

Así que simulé interés por su bella casa, le pregunté alguna anécdota de color sobre sus pasajeros, y luego alegué una ligera indisposición, para retirarme.

Me alejé desorbitado; quería superar el hechizo de semejantes ojos, no había ido Urdampilleta para conseguir novia.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me preguntó Bono Vivante, mientras manejaba el auto de regreso al hotel.

—Pasa que estoy un poco enamorado... cansado, nada más —dije.

En ese preciso momento algo distrajo mi atención: a media cuadra vi que una mujer dejaba una caja de cartón en un gran cesto de recolección de residuos y se

alejaba rápidamente.

—¿Esa no es la empleada de tu hotel? —pregunté.

Ante la respuesta afirmativa de Bono, le pedí que frenara frente al cesto.

Busqué la caja. La abrí.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tenés esa cara? ¿Qué hay dentro de la caja? —preguntó Bono, ansioso.

—Te contesto la última pregunta y entenderás. Acá está la lechuga muerta. Tu empleada la retiró de la cama cuando la señora vino a quejarse ante nosotros.

La sorpresa del pobre Bono fue mayúscula. Seguimos rumbo al hotel. Le expliqué a Bono que mi plan era hacer como si nada y actuar en el momento oportuno.

Lo cierto es que el caso contaba con una nueva pista, pero desconocía por completo adónde nos conduciría.

—Esperemos a que tu empleada llegue mañana a trabajar.

Las noches en los pueblos pueden ser largas, pero Bono era mi amigo y un anfitrión divertido. En un momento dado me mostró en su videograbadora viejos programas de televisión de cuando trabajaba en el programa de comidas de Francis Melón.

Quedé asombrado al ver al señor Melón, grandote, calvo, bien vestido, con anteojos de marco cuadrado... ¿a quién me recordaba? De pronto, salté de la silla:

—¡Francis Melón está en Bolívar! Lo choqué sin

querer al bajar medio dormido del ómnibus.

—¿Francis en Bolívar? Imposible. Hablé con él hace poco, estaba en Buenos Aires —me dijo Bono.

Pero yo no dudaba. Era él. Cuando lo choqué su cara me resultó vagamente familiar, justamente de verlo en la televisión.

—Tengo el caso resuelto, pero esperemos a confirmarlo mañana, no me adelantaré —afirmé, ante el asombro de Bono.

Al día siguiente, en cuanto llegó la empleada, le mostré la caja con la lechuga —que era, en realidad, un ejemplar embalsamado— y le pedí sin más trámite que confesara su relación con Francis Melón. La mujer, sorprendida y asustada, contó todo: Melón le había dado una importante suma de dinero para que el Hotel Vivante se desprestigiara y perdiera toda su clientela.

Bono se tomó la cabeza. No podía entender.

—¿Por qué, por qué me hace esto la persona a la que tanto admiraba?

Le di unas palmadas en el hombro y le dije:

—Creo que tu amigo no te perdonó que hayas dejado su programa para dedicarte a la hotelería en un rincón perdido del mundo. Él le contó a tu empleada que habías contratado a un detective, le pagó al remisero para que me amenazara, y a los matones que te pegaron.